

La Práctica de
la Educación Vial



NUEVO MAR



DESCARGA AQUÍ
OTROS MATERIALES



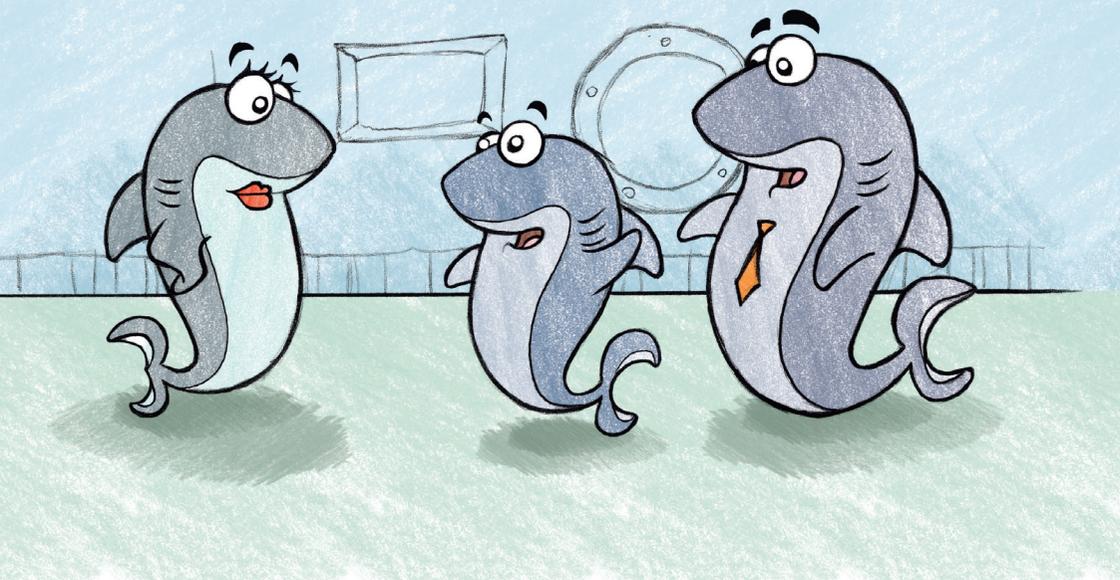
Autor: **Prof. Danitza Loayza Lizárraga**
Colegio Claret - Arequipa, Perú

Un proyecto educativo de:

Fundación **MAPFRE**

Con la colaboración de:

PREVENSIS
S.A.C.



- ¡Adivinaré! –dijo la mamá de Job–. ¡Te vas a conocer el mundo!
- No, me voy sí, pero a aprender a ser un ciudadano responsable y respetuoso de las señales de tránsito. Estoy cansado de tantos accidentes que se dan aquí.

Job era un joven tiburón y su madre era doña Sughey.

Ella había estado muy preocupada últimamente, pues sucedió que el carro en que venía a casa el

papá de Job sufrió un accidente: casi atropellan a un amigo calamar que, al parecer distraído se lanzó a correr a cruzar la pista, pero el carro, al frenar en seco, lo golpeó y lo hizo caer. Por otro lado, después de lo ocurrido y casi al llegar a la casa, contó el papá que vio cómo dos escolares mantarayas cruzaron sin ninguna previsión una calle de doble sentido. En esta ocasión, el carro tuvo que frenar bruscamente para no embestir a estos jovencitos.

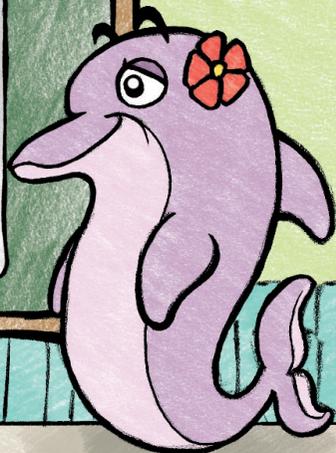
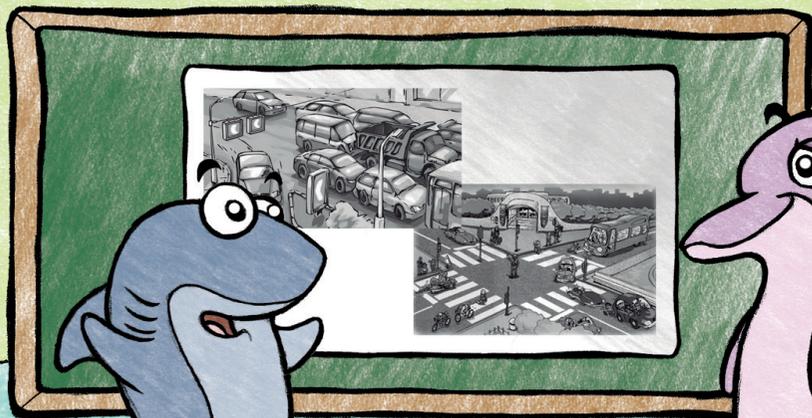
Job estaba cuestionándose sobre las razones de estos accidentes en las calles y principalmente sobre los ciudadanos de Nuevo Mar. En este lugar, él y su familia vivían y, como en toda ciudad, había muchos centros comerciales, abundantes calles y carros. Todas las calles tenían veredas por donde transitaban los ciudadanos de Nuevo Mar y en todas ellas había muchos anuncios de todo tipo.

Despertaba la curiosidad de Job que estos acontecimientos sean constantes y que ya se habían

reportado atropellos muy graves, algunas veces con muerte. La mayoría de los habitantes adultos tenían carro y eran muy pocos (especialmente jóvenes) quienes andaban por las calles. Era muy raro.

Y es que eran tan constantes estos accidentes que los habitantes no querían salir a caminar por ningún motivo, ni siquiera al parque. Los parques de Nuevo Mar eran hermosos y llenos de juegos para los niños y jóvenes, pero solo eran visitados por dos o tres niños con sus padres. Los habitantes tenían miedo. Normalmente, cuando ocurría un atropello, estos autos se escapaban y no asumían su responsabilidad.

– ¡Demos una solución a esto! –dijo Job en clase y pegó en la pizarra un papelote que él había hecho con unos dibujos que representaban, por un lado, la inseguridad en la que vivían los



habitantes de Nuevo Mar y, por otro lado, lo que deberían hacer.

– He pensado y he resuelto que, si no hay normas o leyes a favor de los habitantes para poder transitar con tranquilidad en la ciudad y poder gozar de nuestros parques tan hermosos y llenos de juegos, seguiremos sin vernos ni conocernos –muy elocuentemente habló Job.

La maestra Sonia, una delfín muy inteligente, le indicó a Job que creara un grupo de amigos y que se dediquen a fomentar algo que ella conocía pero que muchos aún no –por eso, los habitantes no querían salir a las calles–: reglas de educación vial.

– Pero... ¿qué es eso señorita? –dijo Jhon, el pulpo.

Por otro lado, Larry, el mantarraya, exclamó:

–Yo quiero conocer eso y más.

Entonces se formó un grupo espontáneamente con el último integrante, Fano, el caballito de mar.

Esta aventura empezó desde la recomendación de la maestra Sonia, que motivó a los niños a investigar sobre este tema y a ver cómo podían ayudar a solucionarlo.

Las reglas de educación vial eran un conjunto de normas o leyes que ayudaban a saber cómo desplazarse en la calle, dónde y por qué seguir tal o cual indicación al transportarnos, y, sobre todo, que los habitantes transeúntes tenían derechos privilegiados.

Lo primero que descubrieron es que el semáforo era de dos tipos: vehicular (para los carros) y peatonal (para los habitantes). Como

Nos conducimos mejor a pie, cuando
respeto lo que hay que hacer



se dice comúnmente, respetos guardan respetos. Y además aprendieron algo muy importante: el tránsito por las veredas es solo para los peatones y no para otro vehículo, sea carro o bicicleta.

También entendieron que los peatones, al cruzar una calle, lo deben hacer por las líneas largas de color blanco que están al final de cada calle o cuadra. Cuando no hay semáforo, los conductores deben dar prioridad a los peatones para que crucen la calle. Fue así que entendieron al fin que, para la seguridad de los peatones dentro de la ciudad, los vehículos tienen que cumplir las normas, como no sobrepasar el máximo de velocidad permitido, ceder el paso y respetar el semáforo o los lugares donde se tienen que detener.

—A trabajar —dijo Job—; esto nos ayudará a nosotros y a todos los habitantes. Saber nuestras

normas y derechos nos ayudará caminar con seguridad y respeto.

Entonces, el grupo de amigos y la maestra empezaron a concientizar este tema en el colegio, entrando aula por aula, desde los salones de los más pequeños hasta aquellos de los más grandes, explicando de forma gráfica y a través de representaciones teatrales que atraían a los niños y entretenían a los jóvenes.

Al final, muchos otros compañeros de otras clases se les unieron para hacer frente a esta inseguridad que sentían en las calles y a proporcionar información sobre este tema.

Su lema era “Nos conducimos mejor a pie cuando respeto lo que hay que hacer”.

Al principio no fue fácil, pero luego, el padre de Job ayudó mucho con las experiencias

que vivió, la mamá alentaba que los jóvenes no se desanimen, pues no faltaban personas o compañeros a quienes estas actividades les resultaban indiferentes o simplemente no les parecían algo adecuado. La maestra también jugó un papel muy importante, pues ella brindó información sobre cada norma que existía.

Al terminar el año escolar, los jóvenes pudieron ver los frutos de este protagonismo en la ciudad de Nuevo Mar: los habitantes podían leer las normas en las calles, pegadas no como mandamientos sino como indicaciones de respeto y cuidado, con gentileza y buen tino, y así eran de agrado para todos.

Al parecer, la vida de Nuevo Mar cambiaba para bien, pues había carros sí, pero había también muchos habitantes que transitaban libremente y con seguridad.

–¿A dónde vas Job? –le dijo su mamá.

–Ahora seré miembro de la patrulla vial en mi colegio, donde enseñaré a los más pequeños lo que aprendí.



Los cuentos que conforman esta colección
son los ganadores del Concurso de
Prácticas Pedagógicas
en Educación Vial, desarrollado
como parte del programa
La Práctica de la Educación Vial- Perú.

Fundación **MAPFRE**